

# BALANCE POLÍTICO DE LAS RELACIONES FRANCO ALEMANAS

ALFRED GROSSER,  
*de la Escuela de Ciencias Políticas de París*

Cuando se habla hoy de las relaciones franco alemanas se piensa por lo general en las relaciones de Gaulle-Adenauer. Esto es cierto hasta un grado tal, que en un libro llamado *La unidad occidental y el Mercado común*, cuya traducción francesa acaba de aparecer, el célebre periodista norteamericano Walter Lippmann, hostil al general y también al canciller desde que este último y el general son amigos, escribe: "El binomio franco alemán no es más que una alianza personal entre el general de Gaulle y el canciller Adenauer."

Quisiera exponer antes de discutir:

La historia de estas relaciones franco alemanas;

Las relaciones entre el general de Gaulle y el canciller, tratando sobre todo de interpretar el pensamiento del general de Gaulle;

El contexto internacional donde se sitúan las relaciones políticas franco alemanas;

Finalmente, los regímenes políticos que sirven de soporte a estas relaciones.

## *La historia de las relaciones franco alemanas desde 1945*

En Francia, tenemos tendencia a olvidar que en 1945 no se juzgaba a Alemania y a los alemanes como hoy día. Para ello tomemos dos ejemplos:

En un libro cuyo prólogo estaba escrito por André François-Poncet, su autor escribía: "La población de Colonia estaba preservada contra esta vergüenza por su herencia celta. En

lo referente a las regiones que corresponden aproximadamente a la antigua selva hircinia, era quimérico tratar de extirpar el racismo y el antisemitismo por los medios que se han empleado hasta ahora. No se pueden cambiar en unos cuantos años formas psicológicas que remontan hasta la prehistoria." Así pues, los celtas eran buenos y los "hircimios" malos. Para Henri Massis, la cosa era aún más sencilla: "Hay una obstinación, escribía en 1949, por tratar a los alemanes como si fueran en todo hombres semejantes a los demás hombres."

Digamos que ese extremismo racista de la interpretación francesa de Alemania no ha sido adoptado más que por unos cuantos. En aquellos momentos, la inmensa mayoría de los franceses aceptaba y aprobaba la política llevada por el general de Gaulle y su ministro de Asuntos Extranjeros, Georges Bidault, según la cual se mantenía a Alemania tan dividida y controlada, tan prisionera como fuera posible.

Había sin embargo una serie de hombres, la mayoría de los cuales venían de la Resistencia y de los campos de concentración alemanes, que desde 1945 empezaron a crear lo que ha llegado a ser, con el tiempo, la infraestructura de las relaciones franco alemanas.

No quiero insistir sobre el trabajo hecho en los encuentros e intercambios que se han efectuado desde 1945 a nuestros días. Sólo quiero insistir en lo siguiente: independientemente de la existencia de gobiernos favorables o desfavorables a las buenas relaciones con los alemanes, existen en nuestros días, en las embajadas, en los ministerios, en la dirección de los sindicatos y de los partidos, tanto como en agrupaciones diversas de ambos países, hombres que se conocen desde hace quince años, que han adquirido la costumbre de trabajar juntos y que, en cualquier coyuntura política, examinan de la misma manera los mismos problemas.

¿Por qué hubo una reacción desfavorable de la prensa inglesa cuando la visita del presidente Heuss a la Gran Bretaña? ¿Por qué cuando el presidente Lübke vino a París la acogida fue, excepto por parte de la prensa comunista, favorable? Esto no depende sólo de las opiniones públicas, esto depende de que, inversamente a lo que ocurre en Inglaterra,

la mayor parte de los periodistas franceses especializados en los problemas alemanes, surgen de los encuentros franco alemanes de la posguerra.

Sin embargo, para la gran mayoría de la población francesa, este esfuerzo inicial pasó inadvertido, pese a que el primer gran cambio se produjo en 1947. Los franceses tuvieron que elegir en aquel entonces entre dos antipatías: ¿Se prefería o, más bien, qué detestaba más, los alemanes o Moscú? ¿Wall Street o los alemanes? Para los comunistas, la cosa era sencilla. Había alemanes buenos, los que vivían al este del Elba, y alemanes malos, que vivían al oeste.

Para los no comunistas, era más difícil. Dudaron mucho tiempo y para decirlo con una fórmula célebre del *Spiegel*: "los franceses deseaban, en 1950, un ejército alemán que fuese simultáneamente mayor que el ejército ruso y menor que el ejército francés." Esta contradicción entre dos voluntades, este conflicto entre el pasado y la coyuntura presente, puede hallarse en un nivel muy local. En una investigación llevada a cabo en las escuelas de Vienne, en el Ródano, donde se les pedía a los niños que llenaran los puntos suspensivos: "Los... son inteligente", "Los... son tontos", etcétera (contestaron: "son inteligentes": "los franceses"). "Los... son belicosos", la mayoría de los niños escribía entonces: "los alemanes". Pero a la pregunta "Los... van a hacer una guerra" ya no contestaban "los alemanes" sino que, de acuerdo con la situación social ponían "los rusos" o "los americanos". Y aquí es donde vemos producirse muy claramente ese divorcio entre la herencia del pasado y la apreciación de la coyuntura.

Sin embargo, Robert Schuman necesitó mucho valor para empezar en 1950 una política que iba a contracorriente. Es menos difícil, más adelante hablaré de ello, hacer una política que vaya en el sentido de la corriente.

A partir de 1954-1956, todo se calma; el problema del Sarre se resuelve como se resolvían todos los problemas exteriores franceses desde hacía quince años: cediendo ante el interlocutor. Seguramente no había otra solución. En cambio hay que señalar, aunque sea de paso, que el problema de las reparaciones pasó completamente inadvertido. ¿Por qué? Por-

que nuestros amigos alemanes, hoy se les puede recordar, después de 1945 decían que eran demasiado pobres para pagar y después de 1953-1954 consideraban que era demasiado tarde y que aquello era una historia muy antigua.

En 1956-1957 se iba incluso hacia un periodo eufórico. Las relaciones franco alemanas mejoraban tanto como se estropeaban las relaciones de Francia con los otros países. La paradoja de la IVª República francesa —creo que exagero muy poco— es que partió de la fórmula: “Ningún enemigo, excepto Alemania” para llegar a otra: “Ningún amigo, excepto Alemania.”

En efecto, hacia 1956-1958, la gran mayoría de los franceses, estaba convencida de que los malos americanos y los malos británicos querían quitarnos todo en África del Norte, que había que oponerse con todas las fuerzas, por medio de una ola de xenofobia, bastante parecida a la que había azotado a la República de Weimar durante sus primeros años, a lo que aparecía como el declinar de Francia. Y sólo la República federal alemana no se hallaba en competencia con Francia en ninguna parte.

### *La política del general de Gaulle*

En 1958 el general de Gaulle llega al poder. En ese momento tanto en Bonn como en Washington empiezan por inquietarse, en primer lugar porque, cada vez que se produce un fenómeno nuevo, Bonn y Washington se inquietan. Acto seguido porque se analizaba el pensamiento del general de Gaulle mientras se repetía: no ha sido especialmente germanófilo en el pasado. Los hombres que le rodean, Michel Debré, por ejemplo, no han estado en la vanguardia del movimiento de unificación europeo. Por lo mismo, pueden deteriorarse las relaciones entre París y Bonn.

Pero se ha producido exactamente lo contrario, porque el análisis que se hacía de las posiciones del general de Gaulle no tomaban en cuenta elementos esenciales de su política. Para mejor comprenderlos, veamos en unas cuantas palabras el pensamiento político del general en política exterior.

El general de Gaulle es un nacionalista, o sea, con una definición lo más sencilla posible, es alguien para quien la nación es el valor político supremo, para quien la nación está en la cúspide de los valores políticos. Lo que importa es la unidad de la nación en el interior para poder hacer una política exterior.

Una de las razones por las que el canciller y el general se han entendido tan bien es porque, tanto para el uno como para el otro, la única política verdadera es la política exterior; la política interior no tiene más finalidad que proporcionar medios a la política exterior. En lo que concierne a de Gaulle se pueden multiplicar los ejemplos que confirmarían esto. Pongamos dos: su idea de los ministerios-clave que niegan a los comunistas en 1945 y a Jacques Soustelle en 1958; Defensa Nacional, Asuntos Extranjeros e Interior, porque son los tres ministerios que ordenan la política exterior, el ministerio del Interior es definido como el de "la policía que cubre" a la política exterior. Y cuando en sus Memorias, el general de Gaulle habla de las reformas sociales llevadas a cabo en Francia de 1944 a 1946, y de las que con justicia se congratula, recuerda que no estaba de acuerdo con los partidos políticos sobre el sentido que se debería dar a esas reformas. Precisa que pensaba, como finalidad de las reformas sociales, en el poder de Francia y no, por ejemplo, en un reparto diferente de la renta nacional. El fin de la política interior es permitir la política exterior, es mejorar el rango de Francia.

Así, mientras que en 1945 el rango de Francia podía ser el intentar (y esa fue la política del general de Gaulle con la alianza de diciembre de 1944 con la Unión Soviética) moverse entre el Este y el Oeste, cuando vuelve al poder en 1958 ya no se trata de eso en ningún momento; se trata de subir dentro de la Alianza atlántica, aceptada de manera definitiva. En cierto modo se trata de ser, para explicarlo con palabras de George Orwell, dentro de la Alianza atlántica, uno de aquellos que son más "iguales" que los otros. El adversario, en este caso, es la Gran Bretaña, aliada privilegiada de los Estados Unidos.

Para subir en la Alianza atlántica, como el general de Gaulle sabe que Francia no es lo bastante fuerte para hacerlo sola, se necesita un apoyo, y este apoyo será proporcionado por la República federal. Cabe preguntarse porqué ésta aceptará un papel secundario respecto a Francia en la Alianza atlántica, y la explicación se halla en la existencia de una contrapartida, que será la firmeza, el apoyo francés a las posiciones de la República federal frente al Este.

Quisiera indicar de paso un fenómeno bastante extraño: el general de Gaulle normalmente debería ser el estadista francés, aparte de los comunistas, más tentado por un acercamiento con la Unión Soviética, o más exactamente con Rusia, porque sólo hace unos meses que habla de la Unión Soviética. Hasta entonces hablaba esencialmente de Rusia, lo que estaba de acuerdo con su concepción de la vida internacional fundada sobre las naciones y no sobre las ideologías. Este acercamiento sería una tentación en primer lugar por su vida de los límites de Europa. Cuando Nikita Jruschov fue a París y el general de Gaulle recordó que Francia y Rusia eran "hijas de la misma Europa", esto quería decir algo que es, a mi entender, más significativo en Francia que en el Alemania.

Para la mayoría de los franceses la cultura rusa forma parte de la cultura europea como tantas otras, mientras que en Alemania hay una tendencia a creer que Carlos Marx nació en algún lugar cercano a Nijni-Novgorod y que hay una separación fundamental entre la cultura que existe al otro lado de la cortina de hierro y la que existe del nuestro.

Hay que añadir que entre 1945 y 1958 todos los gobernantes franceses han vivido con la esperanza de las conferencias en la cumbre, porque Francia tenía un interés opuesto al de Alemania. Cada vez que había una tensión entre el Este y el Oeste, la República federal se convertía en un aliado interesante que se podía utilizar en contra del Este. Se convertía en un sujeto activo de la política internacional. Durante la tensión el Pentágono se acordaba de que el ejército francés venía de una población que emitía un 25 % de votos comunistas; en periodo de calma, la República federal

era un objeto del que hablaba sin que estuviera presente. Francia volvía a ser uno de los Cuatro Grandes al discutir sobre Alemania. Si el Senado francés ratificó los acuerdos de París en 1955, ello se debió a que Edgard Faure había prometido a los senadores que haría cuanto estuviese en su poder para obtener una conferencia en la cumbre que logró, no sólo por su intervención, para el verano siguiente.

Mas el general de Gaulle, tan preocupado por el rango de Francia, rechazó la conferencia en la cumbre y no la aceptó en un momento dado más que debido a dos razones: la primera es que se verificaría en París y él presidiría la primera sesión, y la segunda: que no habría resultados en esta reunión.

Las razones por las que es hostil a este tipo de reuniones parecen ser de dos órdenes: primero, porque es un hombre de Estado, como el canciller Adenauer, o sea, que tiene ideas sencillas a las que subordina el conjunto de su política. El rango dentro de la Alianza atlántica que hay que obtener con el apoyo alemán es un objetivo fundamental, que no debe estropearse con una política incierta en lo referente al Este. Segundo, porque no está en el carácter de Gaulle ceder a las presiones, o más exactamente, no cede más que afirmando que se encuentra en una posición fuerte. Valgan dos ejemplos para demostrarlo: cuando Churchill le pregunta, durante la guerra, por qué es tan desagradable cuando está frente a Roosevelt, mientras que él, Churchill, es tan amable, de Gaulle contesta más o menos: "Porque usted tiene al Imperio británico detrás, ¡y yo no tengo nada! Por lo tanto no puedo llegar a un compromiso." Otro caso: hace más o menos un año de Gaulle habla por radio y durante veinte minutos expone la grandeza de Francia, yendo hasta decir que la carne de nuestro ganado, la leche de nuestras vacas tenían cualidades especiales. Durante veinte minutos me pregunté: ¿para qué todo esto? La contestación llegó al final. Con unas cuantas frases anunció que las negociaciones iban a empezar, en Evián, con el FLN. Un país tan rico, tan poderoso, cuando negocia lo hace por generosidad; un país débil cuando negocia, es porque capitula.

Y me parece que hay que interpretar la política hacia el Este desde esta perspectiva: nada de negociaciones con la Unión Soviética si se trata de hacer concesiones unilaterales.

El acercamiento entre los dos hombres ha llegado muy lejos y, manifiestamente, se han seducido mutuamente. No insistiré en los rasgos de los respectivos caracteres que los han llevado a esta estima mutua.

### *El viaje a Alemania*

Quisiera entrar de inmediato en la conclusión que ha sido el viaje del general de Gaulle a Alemania. En este viaje hay que ver dos cosas completamente distintas: la técnica y el contenido de los discursos.

La técnica es la misma que en Francia. El general de Gaulle es un actor notable. Esto no tiene nada peyorativo en boca de un profesor, cuyo trabajo no se concibe sin el mismo dominio de tal oficio. Un buen actor es aquel que sabe comunicar a un auditorio una emoción de la que no es más que partícipe, porque se encuentra a distancia de su propia emoción. Cuando se lee, en las Memorias del general de Gaulle, esta frase donde habla de una multitud, en Francia: "Entonces, dejándome embargar por una emoción calculada...", se advierte una técnica que no tiene nada condeñable, es la de un hombre que gusta del contacto con la multitud, porque ve en ella al pueblo liberado de los intermediarios a quienes odia, y ve igualmente en ella un medio de acción.

Pero es aun más interesante ver el contenido de sus discursos. Se pueden resumir en unos cuantos puntos; serán cinco.

1) La afirmación de que ya no hay un complejo en Francia, y la frase de las fábricas Thyssen: "Hoy, lo que se hace en el Rhur no despierta en mi país más que simpatía y satisfacción." Creo que es cierto y hay que decir por qué. Una de las razones está unida al general de Gaulle: es la sustitución, en Francia, en gran medida, del nacionalismo amargo de los últimos años de la IVª República, por un nacionalismo

orgulloso que no deja de ser nacionalismo, pero que tiene algunas ventajas respecto a la amargura.

Ha habido una transformación casi completa del pensamiento francés en materia económica. En esto hemos sufrido una verdadera revolución. ¿Qué distinguía antes a la izquierda de la derecha en materia de economía? La derecha hablaba de equilibrio presupuestario, la izquierda de un mejor reparto del producto social, y ni la izquierda ni la derecha hablaban de producción. La revolución es que nos hemos americanizado; esto es algo bueno. Esto consiste en que tanto la izquierda como la derecha hablan primero de producción y de mercado en expansión. Hace quince años no queríamos que el Ruhr produjese más acero porque, por definición, Francia debía producir menos. La idea que ambos podían producir más, porque las necesidades aumentarían, idea que existía en los Estados Unidos o en Alemania, es una idea muy nueva en Francia y es una de las razones de falta de complejos respecto al Mercado común, lo que sorprende a todos los observadores. ¿Quién hubiera creído, en Francia, en 1957, que sería este país quien pidiera la aceleración del Mercado común sin invocar constantemente cláusulas de protección.

2) Otro punto de los discursos: para los alemanes, el viaje del general de Gaulle era tanto más significativo porque era el general de Gaulle. Ha sabido serlo. Era la adhesión de toda un ala del nacionalismo francés al acercamiento franco alemán. Significaba que, desde luego, se iba menos contra la corriente que había tenido que hacerlo en 1950 Robert Schumann, pero ahora los alemanes estaban seguros de que la mayoría del pueblo francés era quien aceptaba de verdad el acercamiento franco alemán.

3) Otra cosa que agradó en el viaje del general de Gaulle es un cierto estilo. Todos los testigos están de acuerdo en decir que el empezar su discurso a los obreros de las fábricas Thyssen diciendo: "Señores", causó una gran impresión, porque están acostumbrados a oír cómo se dirigen a ellos con un tono paternalista por parte del patronato y de la Democracia cristiana y en un tono bastante demagógico cuando

presente  
discutí  
terdos de  
bía pro  
su poder  
, no sólo

el rango  
la acep-  
ciones: la  
a la pri-  
ous en esta

uniones  
hombre  
ne ideas  
tica. El  
obtener  
que no  
rente al  
le ceder  
ue afir-  
gan dos  
pregunta,  
do está  
amable,  
al Im-  
ruo no  
s o me-  
e minu-  
que la  
tenían  
egunté:  
m unas  
npezar,  
cuando  
do ne-

se trata de los socialistas. El sencillo respeto humano del "señores" pareció por ello bastante impresionante.

4) El general de Gaulle seguramente tuvo razón al recordar a los alemanes que son un gran pueblo. En 1945, no se dijo bastante. O dicho de otra manera, sólo unos cuantos franceses explicaban a los alemanes que no tenían por qué avergonzarse del conjunto de su historia desde los tiempos prehistóricos.

5) Sin embargo, el punto débil de los discursos del general de Gaulle en Alemania es el haber hablado menos como jefe de la Resistencia francesa a la Alemania de Hitler que como antiguo combatiente de la guerra del 14, que ve en este viaje el feliz final de la *Historia de los dos pueblos* de Jacques Bainville, a saber: todas las guerras precedentes en el fondo se parecían y estas guerras han concluido.

El inconveniente de esta actitud es que favorece a aquellos que dicen en Alemania: no hablemos más del hitlerismo puesto que se trató de una guerra como las demás, como las precedentes, y echemos un velo sobre el conjunto de este pasado guerrero entre los dos pueblos.

¿Cuál es la actitud actual del canciller frente al general?

Por un lado, el canciller ha sido manifiestamente seducido por el general, de manera tal que los papeles han sido invertidos. Al terminar la IVª República, hay que decir que cuando nuestros gobernantes iban a Bonn, era para recibir del canciller una patente de buen estadista. Hoy día, el general es quien presenta al canciller a la multitud y le da su aprobación. Es una inversión en verdad notable.

El canciller parece aceptar esto por razones de persona y por razones de fondo. El canciller es un hombre realista y considera que lo que de Gaulle aporta a su idea de Europa es más que si no llevara nada, y eso ya es mucho... Volveré sobre el tema.

¿Quiere esto decir que estas conversaciones entre los dos, que tanto irritan a Walter Lippmann, serán el origen de cosas particulares, de entendimientos particulares? En verdad no lo creo. Las proposiciones francesas más recientes no han recibido contestación de Bonn. No creo que hubiesen sido formu-

ladas con la intención de obtener tal contestación. Su contenido no encerraba nada preciso, y en Munich, el señor Roland de Margerie ha insistido mucho en el hecho de que las conversaciones franco alemanas pertenecían al dominio de los mitos y que no era necesario el "tête-à-tête" franco alemán.

### *El contexto internacional*

Todo esto nos lleva a la pregunta ¿en qué contexto se sitúa esta evolución de las relaciones franco alemanas? Este contexto se sitúa en tres planos:

- 1) Lo que pudiera llamarse los problemas alemanes específicos: Oder-Neisse, D.D.R., Berlín.
- 2) La estrategia occidental.
- 3) Los problemas europeos.

Los problemas alemanes específicos: es muy difícil explicar en Alemania —y cuando se intenta inmediatamente llaman comunista a quien lo hace, principalmente en la prensa refugiada— que para la inmensa mayoría de los franceses, y por lo demás parece ser que también para los ingleses y los americanos, cuando se piensa en la reunificación alemana se piensa en la reunificación hasta la línea Oder-Neisse, y no más allá. Admitiendo las razones jurídicas, morales y demás que se esgrimen en favor del punto de vista alemán, me parece que es hacer un flaco servicio a las relaciones franco alemanas el dejar que existan ilusiones a este respecto.

Y creo que el general de Gaulle, involuntariamente —pero no se sabe si fue involuntariamente— dejó que renaciese la duda al saludar en Munich y en Bonn a los dirigentes de las organizaciones de refugiados. El resultado fue que en la revista de prensa del *Göttinger Arbeitskreis*, se explicaba que el general de Gaulle había abandonado sus ideas de 1959 cuando dijo que aquella frontera era definitiva. Creo que fue dejar subsistir un malentendido.

Para el problema de la otra Alemania, que llamarán en la República federal "zona de ocupación soviética" o "Alemania central", en Francia "Alemania del Este", República democrática alemana o Deutsche Demokratische Republik, hay

que recordar que el gobierno francés es quien adopta las posturas más firmes entre los aliados.

Hay que recordar igualmente que el sentido de la corriente se dirige, en la opinión francesa, hacia una "normalización" de la situación. No hay que subestimar el papel desempeñado por el deporte en este tipo de asuntos. No todos los franceses leen *Le Monde*; muchos franceses leen *L'Équipe* o *Sport et Vie*. Su reacción es casi siempre igual: ¿Por qué el gobierno francés impide que la Federación internacional de ciclismo se reúna en París al negar visas a la gente de Alemania del Este? ¿Por qué tal o cual campeonato no pueden verificarse? etcétera.

No hay que despreciar estos hechos. Hay que contestar con lo que llamaré el argumento de los Juegos olímpicos: En 1936, los Juegos olímpicos le hicieron un favor a Hitler por la inmensa satisfacción de prestigio que le valieron en aquellos países que se proclamaban más antinazis.

Pero, claro está, el problema inmediato, crucial, es el de Berlín. Es inmediato y crucial porque el problema de la línea Oder-Neisse, desde hace una temporada, da marcha atrás, si es que puedo expresarme en tales términos, porque el argumento de peso a favor de un cambio de orientación de la política alemana era: "flexibilizar la posición de Gomulka". Desde hace un tiempo la posición de Gomulka se ha endurecido tanto que ya no se ve qué significación tendría una concesión que llegase en el momento de ese endurecimiento.

En lo que a Berlín se refiere la postura francesa ha sido de lo más firme. Creo que es muy fácil comprender en Francia lo que representa el destino de dos millones de berlineses; se puede explicar, en cierto, el muro diciendo que ningún gobierno podría tolerar la huida de tres millones de ciudadanos. Pero quería llamar la atención sobre el fenómeno intelectual francés que se presenta sobre todo entre los intelectuales de izquierda. Tienen dos categorías de razonamientos: el razonamiento moral y el razonamiento realista.

El razonamiento realista se aplica a cualquier medida que se adopte en el Oeste. Dicho de otra manera, lo que hace Kennedy, con razón o sin ella en Cuba, debe ser condenado en nombre de la moral. Lo que la Unión Soviética hace en

Berlín debe excusarse en nombre del realismo. Creo que esta carencia de homogeneidad en las actitudes es algo de lo que debemos tener consciencia frente a los alemanes.

En la actualidad hay, en lo que se refiere a Berlín, manifestaciones disensiones entre franceses y americanos, y no puedo decir quien va ganando por ahora. Del lado francés se piensa: porque no se ha propuesto hasta ahora nada a los rusos, no ha ocurrido nada. Desde el lado americano se contesta, no sin razón: cuando logramos que los rusos comprendieran hasta qué punto es vital Berlín, no sólo para nuestra política alemana, sino para nuestra política mundial, o sea, que si cediésemos en Berlín nadie en Asia, ni en Escandinavia, ni en África podría creer en una garantía americana, porque logramos esto no ocurrió nada en Berlín.

Y sobre todo, Kennedy que sabe cómo andan las cosas pensará en que Jruschov se ha comprometido con toda seguridad, y hay que buscarle una salida en la que no pierda fachada totalmente. Y creo en efecto que todo el arte diplomático reside en obtener un arreglo sin llevar al otro al ridículo.

Hoy hay en Alemania una desconfianza con respecto a la garantía americana, debida a dos razones:

La primera es muy sencilla: entre 1949 y el 13 de agosto de 1961, los alemanes han vivido el periodo posterior al puente aéreo. En su razonamiento se decían que los americanos habían llevado a cabo tal puente y, por lo tanto, no los abandonarían. Desde el 13 de agosto el puente aéreo se ha olvidado en parte: se vive el periodo en que permitieron que se construyera el muro, frente al cual no hicieron nada. Me parece que esto cambia la orientación de una actitud.

Pero existe sobre todo el *problema de la estrategia*, que es el segundo aspecto del contexto internacional.

Walter Lippmann, escribe con la brutalidad que ello implica: "Este poder de decisión (léase atómico) debemos conservarlo nosotros puesto que al fin y al cabo sobre nosotros recaen las responsabilidades supremas." Y, criticando la actitud del general de Gaulle, añade: "La fuerza atómica francesa es una estratagema que comprometería a los Estados Unidos

reservando sin embargo a la Europa continental, de manera principalísima, la iniciativa nuclear.”

En efecto, se trata exactamente de esto. Cuando Walter Lippmann declara: “Cuando de Gaulle se vaya cambiará la política francesa”, se engaña completamente, porque los posibles sucesores del general de Gaulle, digamos los que forman hoy el centro del “no”, tienen, por razones diferentes a las del general de Gaulle, una política muy parecida.

¿Qué fundamento tiene la política atómica del general de Gaulle? En primer lugar el recuerdo de 1934. ¿Por qué los tanques? ¿Por qué la oposición a la línea Maginot? No sólo por razones militares, sino también porque sólo con armas ofensivas puede hacerse una diplomacia. Si se declara de antemano que la única finalidad de un ejército es defender el territorio, se defiende efectivamente el territorio, pero cuando el enemigo ataca a Polonia o a Checoslovaquia, hay que capitular.

Munich fue en gran medida la consecuencia política de la línea Maginot. De ahí la necesidad de armas ofensivas. Llevado a términos de 1962, eso quiere decir: ejército atómico, la fuerza atómica sucede a los tanques. Un simple dificultad: las dos no son del mismo orden técnico. El general de Gaulle admite que con la fuerza atómica se recupera una cierta igualdad, cierta independencia de movimientos. Creo —y para él sería en cierto modo derrotismo— que la relación de fuerzas materiales es tal en el mundo que no puede haber independencia diplomática y estratégica completa respecto de los Estados Unidos para un país occidental.

Pero los sucesores eventuales —y pienso en aquel que ha elaborado más este tipo de problemas, Maurice Faure— también creen en la necesidad de un armamento nuclear autónomo para que los rusos estén seguros de que un ataque sobre Berlín desencadenaría el conflicto y que por lo tanto no haya tal ataque. Les parece que la credibilidad de una réplica americana ha disminuido desde que los Estados Unidos corren el riesgo de un suicidio nacional al amenazar a la Unión Soviética con replicar.

¿Qué ocurre entonces con Alemania? ¿Querrá el general

de Gaulle proporcionarle armas atómicas? Los Acuerdos de París lo prohibieron. Prohíben que Alemania tenga armas atómicas, bacteriológicas y químicas. El pensamiento del general de Gaulle —y mi interpretación me parece extremada— es mucho más inmediato: es necesaria una defensa común, los franceses tendrán el arma atómica, los alemanes la infantería. Hablar así parece una provocación. El general de Gaulle contestaría (yo soy quien inventa las palabras) que esto es lo que ocurre entre los Estados Unidos y los europeos desde 1949 y que jamás pareció muy escandaloso.

Lo único es que me parece irrealizable entre Alemania y Francia. Aquí es donde interviene el contexto para los americanos y muchos alemanes. El no rearme nuclear de Alemania es uno de los pocos elementos de negociación de que disponen en el problema de Berlín como contrapartida a concesiones soviéticas. Por lo mismo, rearmar independiente y atómicamente a Alemania, es condenarse en Berlín y es condenarse a una tensión permanente en Europa.

### *Paradojas europeas*

¿De qué Europa estamos hablando? La situación es hoy doblemente paradójica. En el caso del Mercado común, todo el mundo quiere todo, más el contrario de lo que quiere. El señor Spaak quería en principio una Europa supranacional; mas quiere también la entrada de Inglaterra, que sería el fin de la Europa supranacional, porque teme al "tête-à-tête" franco alemán.

Los alemanes desean en principio la Europa política, pero la Europa económica, consecuencia del Mercado común, les da miedo porque es en cierto modo la Europa planificadora, e incluso los sindicatos alemanes son menos planificadores que el propio patronato francés. La planificación, en Alemania, se ve casi como comunismo. Por lo tanto, la Europa que quieren los franceses, sin llegar a querer la Europa política, parece difícilmente aceptable por los alemanes. Hay, además, una doble serie de conversiones que hace que ya no se entienda de qué se trata. . . Jean Monnet por un lado y los ame-

ricanos por el otro se han convertido a la idea de una Europa ensanchada. Walter Lippmann al escribir: "A esa Europa exclusiva y limitada, inventada por el general de Gaulle y el doctor Adenauer, se opone un partido liberal representando a todos y cada uno de los seis miembros de la Comunidad. . . son los señores Jean Monnet, Spaak, Hallstein, etc.", va en contra de sus ideas. El general de Gaulle es acusado de querer la Europa de los seis y los antiguos partidarios de la Europa de los seis lo consideran escandaloso y reclaman a gritos la entrada de la Gran Bretaña, lo que ahora parecen considerar una cosa normal quienes se oponían a la Europa de los seis.

Resulta muy difícil saber cómo se juega este juego. Los Estados Unidos han cambiado. Apoyaban a la Europa de los seis, y apoyan ahora a la Gran Bretaña. El resultado es que hoy se oye decir a Lippmann y a otros: "Si el canciller y el general desapareciesen, la misma base del acuerdo franco alemán quedaría destruida."

Quisiera demostrar en dos palabras que es más cierto para la sucesión del canciller que para la del general. Supongamos que el general desaparece un día, que es vencido y que los que se dicen europeos, sin que hoy sepamos muy claramente qué quieren significar políticamente con tal palabra, lleguen al poder. Seguirán siendo escépticos con respecto a la entrada de la Gran Bretaña, si son consecuentes consigo mismos, porque el fin del Mercado común no es económico: el Mercado común era una técnica económica para llegar a una meta política que era la unión de seis países; con la Gran Bretaña se trata únicamente de técnica económica y de saber cuáles serían los mejores arreglos en este campo.

El resultado es que en Francia, aquellos que aún creen en la Europa política supranacional, se muestran muy reservados respecto a la entrada de la Gran Bretaña por razones totalmente distintas a las del general, para quien la Gran Bretaña podría entrar si pagase. El pago sería la renuncia a una situación privilegiada en relación con los Estados Unidos, comunicación de los secretos atómicos, siendo accesorio el aspecto económico.

En Alemania las cosas llevan un cariz muy diferente. En caso de desaparecer, el canciller tendrá por lo menos dos sucesores, uno en la dirección del partido, otro en la dirección del gobierno. El noventa y nueve por ciento de las probabilidades indican que al frente del partido llegará un católico, y al frente del gobierno un protestante. Esto no carece de importancia. Los señores Schroeder, Erhard o Gerstenmaier no se encuentran muy atraídos por el mundo romano mediterráneo, llamémoslo así. El señor Schroeder, por sus conocimientos lingüísticos —el inglés—, por su educación y por su estilo, se limitaría difícilmente a Francia y a Italia, mientras que la Gran Bretaña y Escandinavia estuvieran en la puerta.

Por razones económicas, y por otras de otro tipo, ocurriría lo mismo con el señor Erhard. Me parece que, al revés de lo que se dice, hay, en Alemania, una voluntad mucho mayor que en Francia de ensanchar a Europa, Europa que sería completamente distinta de la de los seis, aunque no fuese más que porque la política interior alemana de una Europa ensanchada es un punto de unión de los liberales, de los social demócratas y de una parte de los cristiano demócratas. El señor Schroeder, que era un hombre odiado por la oposición y por los liberales cuando llegó a la Koblengerstrass, se halla en magníficas relaciones con la oposición socialista y con el otro partido gubernamental, el liberal. Esto depende en parte del estilo y del contenido de una política exterior diferente de la del canciller, por convicción, sin duda, pero también para que no le ocurra la misma desgracia que al señor von Brentano, quien desapareció políticamente durante todo el periodo que fue ministro de Asuntos Extranjeros, por como lo aplastó la personalidad del canciller.

¿Cuál Europa? Es muy difícil contestar. Pero lo que sí puede decirse es que, independientemente de la fórmula de esta Europa, los dos Estados, Francia y la República federal, tienen al mismo tiempo puntos de divergencia y de acercamiento que debemos considerar, en un último parágrafo, para ver cómo se presenta hoy el balance.

*Dos países semejantes y diferentes*

Los dos países se acercan en principio porque dicen tener su origen en un mismo sistema de valores liberales. En la realidad existen diferencias marcadas. En Francia estamos acostumbrados a las luchas violentas, no sólo oratorias, en el transcurso de los últimos años. En Alemania, desde 1949 hay un orden político y también calma. Debo insistir sobre la paradoja que es hoy la existencia de una constitución en Francia y en Alemania. Hay dos maneras de considerar una constitución: como una técnica para producir buenos resultados políticos y como la Carta sagrada de un país. Alemania tiene hoy el régimen de la Carta sagrada al modo americano, porque la República federal nació por oposición a la ausencia de respeto a la ley del régimen hitleriano.

En Francia, donde cada república nace porque la precedente funcionaba mal, diciendo sin embargo aceptar los mismos principios, la constitución es una simple técnica, y todos los juristas alemanes se sorprenderán al ver que lo que hace la unanimidad de los síes y de los noes es considerar que una constitución, en Francia no es más que un medio, y eso se oye tanto entre los noes como entre los síes. Por encima de la constitución está la voluntad popular. Para los Estados Unidos y para Alemania ocurre lo contrario.

¿Qué es de las libertades fundamentales en los dos países, esas libertades de las que nos reclamamos de los dos lados de la frontera? Digamos que el juego está empatado. Veamos la televisión. En Alemania, como el señor Erhard habló durante una hora en la televisión, el señor Ollenhauer exigió que se le diese inmediatamente la palabra durante el mismo tiempo. Se le concedió porque esa es la regla del juego... y más vale que dejemos las comparaciones.

Por el contrario, mientras que el gobierno francés nombra al señor Roger Garaudy, miembro del Buró político del Partido comunista, profesor de Facultad, dando prueba con ello, me parece, de espíritu liberal, en Alemania, puede verse en el último número de la revista *Allemagne*, hubo una encuesta para preguntar: "Una persona partidaria del reconocimiento

de la línea Oder-Neisse, ¿tiene derecho a escribir, a hablar por la televisión, a que sus obras, incluso sobre otros temas, sean prestadas por las bibliotecas municipales?" y dio por resultado: "Ni siquiera ver sus libros prestados por las bibliotecas municipales." ¡Digamos que el espíritu de tolerancia no se ha generalizado completamente!

Se podría insistir sobre las diferencias entre la concepción del comunismo y la concepción del catolicismo; se podría insistir igualmente sobre el hecho de que las élites jóvenes, en Francia, están más a la izquierda que en Alemania, si se entiende por "izquierda" a aquellos que hablan de "orden por establecer" en vez de "orden por preservar". Pero me parece que hay que subrayar la interpretación entre el pasado alemán y el presente francés.

Cuando hablamos del pasado alemán, pensamos constantemente: "¿Existe en Alemania un peligro nazi?" Pensamos en las personas que ocupan en Alemania cargos importantes, a pesar de que sus posiciones o sus escritos, en el pasado, antes de que llegaran a ser profesor de periodismo o ministro de cultos, eran más bien extrañas; se piensa en esos hombres, pero es un error pensar exclusivamente en ellos; se están haciendo viejos, lo que es un buen punto, y su influjo en Alemania es menos amenazador, quizás, que la influencia de una cierta forma del nacionalismo francés que podría llegar a ser contagiosa. Y si un país está amenazado por otro, en la preservación de la democracia, es Alemania por Francia, más que Francia por Alemania.

¿Por qué he dicho el pasado alemán y el presente francés? Porque en estos últimos años algunos hemos llegado a recordar lo que dijimos a los alemanes después de 1945: "No invoquen demasiado la excusa de la ignorancia" y "la obediencia no justifica todo". Una gran mayoría de franceses consideraba que un cierto número de actos eran específicamente alemanes. Después hemos comprendido que podían ser igualmente cometidos por los franceses. Y creo que, todos los que se interesan por las relaciones franco alemanas en la postguerra en estos últimos años han llegado a la conclusión de que era su deber el no permanecer inactivos ante algunos problemas franceses;

sólo pueden censurar a los alemanes el no haber sabido desobedecer aquellos que, cuando se trata de hechos de dimensiones diferentes, pero de naturaleza semejante, que se producen en nombre de Francia, no se han callado.

Creo que hemos aprendido estos últimos años a tratar de ser consecuentes con nosotros mismos, cuando mezclamos la moral y la política y cuando emitimos exigencias respecto a gobiernos y respecto a quienes les obedecen.

Por esto la discusión con los alemanes se ha encontrado renovada en cierto modo. Basta para ello ver cómo es utilizado el pasado alemán, hoy día, en Francia, por algunos que dicen: "Miren cómo todo eso se parece", por otros, principalmente por el ministro de Información, para decir con la misma inexactitud que los primeros: "Vean hasta qué punto es distinto... desde que Hitler" y así todo el mundo. Quizás nunca el pasado alemán ha sido invocado tanto en la vida política francesa, lo que hace que aumente el interés por ese pasado en Francia.

Creo que esto proviene de que el temor alemán por el porvenir francés es, a corto plazo, más justificado que el temor francés por el porvenir alemán. Sin embargo, no creo en esos temores porque, cada vez más, nos interpenetramos en una sociedad muy poco favorable a un resurgimiento del fascismo, al nacimiento de un régimen de esos que hemos conocido. Los parecidos son cada vez más mayores entre los dos países. A pesar de las apariencias se podrían demostrar que los conflictos se apaciguan en Francia. La mayoría de los conflictos están moribundos, algunos porque ya no tienen objeto (el conflicto de la descolonización se acaba con la falta de colonias), otros, porque la propia sociedad se transforma.

En Alemania se ve nacer una reacción en contra del espíritu conformista que se manifestó en los años 1950-1960; cuando se describe como perfectamente conformista a una parte de la juventud alemana, se está un poco retrasado: los síntomas en sentido contrario se multiplican y se ven acercarse, para tareas comunes —el interés por el tercer mundo, el interés por un mejor arreglo de la sociedad— dos pueblos, independientemente del clima político.

¿Cuál es la diferencia entre un optimista y un pesimista? Pesimista es quien se fija en lo que podría estar mejor; optimista es el que se fija en lo que podría ir peor. Cuando se consideran las relaciones franco alemanas, hay que ser optimista no sólo por temperamento, sino sencillamente porque somos ingratos. Si consideramos lo que parecía irrealizable hace quince años, lo que se ha hecho, la tranquilidad que impera entre ambos países, el que la República federal, pese a sus defectos, tiene un respeto de las libertades en nombre del cual ha combatido al nazismo, que Francia, pese a sus defectos, no es totalmente distinta de lo que se esperaba que fuera en los años 1940-1941, creo que está permitido decir que el balance actual no se podía ni imaginarse hacía quince años.